

Nathacha Appanah

El cielo sobre el tejado



Lobo tiene diecisiete años y está siendo trasladado en un furgón de policía a un centro penitenciario para menores por haber provocado un accidente de tráfico: cogió el coche de su madre y condujo durante horas sin tener carnet para reencontrarse con Paloma, su hermana mayor, a la que hace más de diez años que no ve. Cuando se aproximaba a su destino, Lobo se puso nervioso, entró por una calle de sentido contrario y chocó contra otro coche, hiriendo a dos personas.

El relato emotivo de ese proyecto de reencuentro da pie a reescribir toda la historia familiar, los traumas que han ido pasando de una generación a otra y, finalmente, la posibilidad de la redención y del amor.

Índice de contenido

Cubierta

El cielo sobre el tejado

Lunes por la mañana pero esto no es el principio

Domingo, la madre

Domingo al caer la tarde, la hermana

Unos años antes, puede que el principio

Fénix de sus cenizas

El abuelo, cuando ya es demasiado tarde

Lobo, como el animal

El día partido por la mitad

Diez años después, lunes

Lunes por la noche, la primera de esas noches

Las palabras nuevas

Lo de fuera y lo de dentro juntos

Lo que Lobo no contará nunca

El camino inverso

Un día para Lobo

Un lugar así

Agradecimientos

Sobre la autora

Notas

*Me quedo en medio de lo que no quiero nombrar
Si digo el verdadero nombre de las cosas que viven
aquí
La verdad la ternura y la imaginación salen volando
por la ventana
Aun así, a veces se me olvida
Esto es una cama, esto es una silla, esto es un váter
Fuera suenan las botas y las llaves al girar
Anda, tengo algo en el rabillo del ojo
Es una cucaracha muy negra y totalmente inmóvil
Hay manchas oscuras en la pared a la que está sujeta
la cama sé lo que son
Sé cómo nacen y si me quedo aquí lo suficiente aca-
baré por dejar una marca también yo
Y me pregunto qué forma adoptaría en la pared
Me pregunto si otros aparte de mí intentarían adivinar-
lo
Como cuando al aire libre te tumbas en la hierba y
desenmascaras las nubes
Dirían... veo veo
Un perro un insecto una serpiente
Cuánto me gustaría que fuera otra cosa
Un cielo una estrella un sueño
Detrás de mí se alza una voz chillona
La madre que te parió cabrón de mierda
Cierro los ojos y despacio cada una de las cosas que
hay aquí deja que se le caiga el nombre
También el mío se me olvida poco a poco
No soy más que un chico de la sombra
Cada sonido se encoge se marchita y se apaga
Pronto no queda más que el ruido blanco que hace mi
corazón*

Interno 16587, centro de detención de C.

Érase una vez un país que construyó cárceles para niños porque no supo encontrar nada mejor que el impedimento, el alejamiento, la privación, la restricción, la prisión y un montón de cosas que solo existen entre unas paredes para intentar convertir a esos niños en adultos de pro, es decir, en personas que siguen el camino trazado.

Por suerte, ese país cerró aquellas cárceles, derribó las paredes, juró y perjuró que no volvería a construir esos lugares bárbaros donde los niños no podían ni reír ni sollozar. Porque ese país cree en la reconciliación del pasado y el presente, ha conservado un portalón para que se acuerden aquellos a quienes interesan esos restos, que creen en los fantasmas y en los cuentos que nunca mueren. Para los demás, es la entrada a una bonita glorieta, en plena capital, donde van a pasear, a descansar y a deleitarse con el cielo abierto, azul, tranquilo. Acuden en familia, con sus propios niños, y ese país también es eso, un jardín encima de antiguas lágrimas, flores encima de los muertos, risas encima de antiguos pesares.

Más tarde, porque siempre han existido niños recalitrantes, niños infelices, niños raros, niños tremendos, niños que hacen cosas tremendas, niños tristes, niños estúpidos, niños que nunca han recibido amor, niños que no saben lo que hacen, niños que tan solo imitan lo que hacen los mayores, ese país encontró otros medios para curarlos, enderezarlos, enmendarlos y observarlos para que se convirtieran en adultos más o menos decentes, es decir, en personas que podrían ir a pasear por jardines, bajo un cielo despejado, azul y tranquilo.

Pero, ahora y siempre, sigue habiendo paredes que rodean, que separan, que alienan, que protegen y que no curan los corazones. Está la gente de fuera, la gente de dentro, historias ya trazadas, historias de determinismo, accidentes, casualidades, cosas de la mala suerte, culpables, inocentes, y aquí está de nuevo ese mundo que se dibuja como un cuadro abstracto en el que es difícil encontrar una cara amiga, un ser querido, aferrarse a un sentimiento conocido o a un color favorito.

Érase una vez, pues, en ese país, un niño al que su madre llamó Lobo. Pensaba que ese nombre le daría fuerza, suerte y una autoridad natural, pero cómo iba ella a saber que ese niño sería el hijo más dulce y extraño que darse pueda, que, al igual que a una fiera, acabarían atrapándolo y que ahora mismo está en el furgón policial, aquí mismo, en cuanto pasemos de página.

Lunes por la mañana pero esto no es el principio

De repente, una calma rara y acolchada, como si tuviera encima una tela que lo cubriese por completo. Observa a través de ese tejido imaginario el rostro de los dos hombres de uniforme que tiene enfrente y no ve en ellos ninguna amenaza. Son dos hombres que lo acompañan, nada más, no hay de qué preocuparse, están borrosos, y con esa forma que tiene de rimar las palabras mentalmente, piensa que lo que está borroso es sedoso y algo esponjoso. Como: las nubes, un dibujo difuminado con el dedo, el fondo del agua o la bruma que cubre la ciudad. Detrás de los dos hombres hay una ventanilla a través de la que desfila el cielo azul y tranquilo, a veces la copa de algunos árboles, y cuando el vehículo se detiene, el chico busca algo que pueda retenerle la mirada, un pájaro, una hoja al viento o un tendido eléctrico. Lo que oye parece llegar de lejos: el ronroneo del motor, su aliento reposado y su corazón latiendo despacito. Baja los ojos hacia las esposas que le traban las muñecas (pecas, rebecas) y espera a que pase algo, porque, desde que tiene memoria, nunca ha soportado estar encerrado o sujeto.

Espera a que pase aunque en realidad nunca «pasa», sino que aparece de golpe, arrasa y te estalla en las narices.

Vigila el desbocamiento del corazón, acecha la sensación de calor a la que siguen los sudores fríos, se prepara para la inquietud de las piernas y los espasmos en torno a la boca. Se previene contra su mente, que sin poder re-

mediarlo no tardará en bullir de pensamientos desordenados, escandalosos e insensatos, como si en la cabeza tuviera una muchedumbre presa del pánico.

Entonces, ya sabe lo que va a pasar: empezará a retorcerse, a tratar de ponerse de pie, intentará explicar que no se encuentra bien, pero le saldrá un galimatías y tendrá cada vez más ganas de irse de allí, mirará desesperadamente fuera, girando la nuca en todas direcciones, hará ademán de abalanzarse contra la puerta o la reja que los separa del conductor, pues en esos momentos el miedo a hacerse daño ha dejado de existir y los dos hombres que tiene enfrente sacarán la porra para reducirlo, o puede que solo utilicen los brazos musculosos para mantenerlo sentado, sentirá su peso de adultos encima de él y será mucho peor. Se pondrá a gritar y ellos también se pondrán a darle órdenes, aunque añadan «muchacho» al final de esas órdenes, porque hay que verlo, al muchacho este que aparenta tener doce años, con los labios sangrando de tanto mordisqueárselos y los ojos grandes y tristes como los de un animal exótico. A todos los zarandeará el vehículo a toda velocidad, que para entonces ya habrá encendido la sirena (ballena, falena). En momentos así, la mente se le desconecta por completo de la sensatez, y no dejará de gritar y de revolverse de forma ridícula, incluso reducido, incluso con las piernas sujetas, y todos ellos, los policías, el conductor, los que lo estarán esperando al llegar, el enfermero, el director, los guardias y puede que incluso los demás detenidos, todos ellos dirán entonces «Pues sí que le pega el nombre», porque conviene precisar ya que ese chico se llama Lobo.

Sigue mirándose las manos y esperando, y sin embargo no ocurre nada, continúa el mismo silencio mullido y es tan relajante que al muchacho le entran ganas de llorar. Le gustaría que ese momento, cuando la persona que siempre ha sido deje de existir, dure mucho rato, porque siempre ha estado atormentado e inquieto, siempre ha desea-

do librarse de su piel como hacen algunos animales al acabar la época invernal (infernical, letal), para volver a nacer más fuerte, más tranquilo y más inteligente. Le gustaría que su madre estuviera allí para ser testigo de ese momento, puede que ella le regalara una de esas sonrisas tuyas tan escasas y que, mientras duran, lo dejan literalmente deslumbrado.

El rostro de Lobo es liso, franco e inspira confianza. En verano parece un surfista, el pelo le amarillea, la piel se le vuelve cobriza, y entonces le suelen preguntar «Tú en realidad ¿de dónde eres?», y Lobo no sabe qué contestar. No sabe quién es su padre, pero cuando se cruza por la calle con algún hombre como él, ni blanco ni negro, se pregunta si podría ser hijo suyo. Su hermana, que tampoco sabe quién es su padre, es blanca como su madre, y ya está, ya no hay más. En sus pensamientos es menuda, sin ruido, sin ira, cuchichea, no se ríe, se troncha de risa, suele sonreír y, como él, suele tener miedo. Pero eso es lo que recuerda, y está harto de alimentar esas historias que quizá solo existen en su cabeza y acaba preguntándose si esas cosas son ciertas o no, si esa hermana ha existido, si ese momento, con el cuchillo y la tarta, realmente sucedió, si las palabras que oyó en ese momento se pronunciaron realmente.

Lobo, cuando le dices algo, te mira a los ojos pero a menudo no te oye. Su mente tiene formas extrañas de mezclar el tiempo, las palabras y los actos. Recuerda: su abuelo tocando el acordeón, su primer día de colegio y el caramelo que su hermana le dio ese día, ¡y si supierais cómo vuelve a sentir de tanto en tanto ese dulce sabor a fresa! Recuerda a un perro que nadaba muy deprisa en el canal, haberle cogido el coche a su madre y conducir sin detenerse, el dragón en la espalda de su madre, el árbol de Navidad de plástico en el desván, la cara de su hermana iluminada por la televisión y la forma en que se volvía hacia él abriendo los brazos para que se acurrucase en ellos.

Recuerda: el elefante de madera negra encima del escritorio del doctor Michel, el olor a metal y a gasolina en el patio, el socavón del jardín, el deseo incontenible de volver a ver a su hermana. Esos retazos de recuerdos pegados unos a otros forman un mismo trozo de memoria sin cronología, como si todo hubiera sucedido el mismo día.

Si le dices algo a Lobo, a veces te escuchará, pero casi siempre se fijará en cómo tienes alineados los dientes, vigilará el movimiento de tus párpados, estudiará tus ojos y tu nariz, le llamarán la atención la vena que te late en el lado derecho de la frente y la comisura de tus labios que se estremece un poco cuando estás pensando, se quedará con el tono de tu voz. Cuando te des media vuelta, se acordará con precisión de tu cara y de cómo se mueve; casi como si te hubiera visto el cráneo y la compleja conexión de los músculos y los tendones. Podría imitarte perfectamente. ¿Será por eso por lo que su cara resulta vagamente familiar, como si recordara a otra persona, como si no le perteneciera? Si fuera un animal, seguramente sería un camaleón, pero no un lobo, desde luego un lobo no.

Hace mucho tiempo, el doctor Michel le dijo que todas las pruebas estaban bien y que, por tanto, estaba sano. El doctor se volvió entonces hacia la madre de Lobo. ¿Sería consciente de qué dulces se volvían sus ojos cuando él la miraba y de cómo se le encorvaban los hombros? El médico le dijo, bajando la voz un tono, «No se preocupe, Fénix, no está enfermo», y ella, de pie, con los brazos cruzados sobre el pecho, abrió la boca sin que saliera ningún sonido. Luego se volvió hacia Lobo, y la mirada que le echó, cargada de reproches por ser lo que era, raro, extraño, tonto pero no enfermo, esa mirada, ¿cómo curarse de ella?

Fue ayer, puede que antes de ayer, Lobo ya no lo sabe. Contó lo que había hecho, el policía lo tecleó todo en el ordenador, y era tan sencillo que el hombre —frente muy ancha, ojillos temblones, nariz redonda, labios finos, de

eso Lobo se acuerda perfectamente— le preguntaba a cada rato «¿Nada más?».

Era sencillo y no había más, no: Lobo había soñado con su hermana, a la que llevaba años sin ver, y al despertar tenía la pena encima, como un animal grande, y a Lobo se le ocurrió coger el coche de su madre y conducir hasta aquí. Lobo sabía que no le estaba permitido conducir, pero añoraba tanto a su hermana, nada más. No tenía carné, había conducido con prudencia hasta la entrada de la ciudad, donde se había equivocado de sentido. Después vinieron los ruidos, los gritos y el coche en la cuneta. Y también el ataque de nervios cuando llegaron los policías.

Esa mañana o quizá hace diez minutos: el juez dictó una orden de prisión preventiva en el área de menores del centro de detención de C., y Lobo se sintió aliviado al oír el nombre de esa ciudad porque su hermana vivía en el término municipal de al lado. Casi lo había conseguido. Había estado a punto de llegar.

A través de la abertura rectangular del furgón, ahora es la ciudad la que traza sus formas en el cielo y uno de los policías dice «Ya estamos». Pone una voz seria y anodina, como si sencillamente estuviera pensando en voz alta. Lobo mira a través de la reja que los separa del conductor y más allá del parabrisas, la cárcel no es como se la había imaginado. El portón es azul, y el marco en forma de U invertida donde pone «Prisión celular» es de un blanco inmaculado. Eso le recuerda la cúpula azul y las superficies blancas del cartel «¡Visite las Cícladas!» que hay en el escaparate de la agencia de viajes. Lobo se siente perdido. ¿Qué pinta ahí esa belleza, ese color que evoca el mar y el cielo? Obviamente, el azul ese es una trampa, como la sonrisa de la gente que va a buscar repuestos al jardín, el «Volveré muy pronto a buscarte» de su hermana y el «No estás enfermo» del doctor Michel. Lobo nota que se le desboca el corazón, pero entonces descubre los edificios que hay detrás de la puerta azul. Son tres moles achapa-

rradas con los tejados puntiagudos en hilera, de menor a mayor. Parece un monstruo de tres cabezas, y como a Lobo no le gustan las mentiras, se siente aliviado. Ya ha llegado a su destino.

Domingo, la madre

Hay que quedarse en el pasillo para divisarla.

La luz entra oblicuamente en la cocina y le ilumina la espalda. Lleva uno de esos camiones algo pasados de moda de algodón fino, abierto por delante y con botones, sin mangas, con sisas muy escotadas para poder moverse, y al ser una prenda que le queda grande, cuando levanta los brazos se le ve la forma abultada de los pechos.

Apenas son las ocho de la mañana de este domingo, y no hay ruido donde vive, apartada de la ciudad, de los barrios y las urbanizaciones, al borde de una carretera descuidada que parece una vía sin salida pero que no lo es, puesto que sigue adelante, serpenteando entre los elevados árboles, cada vez con más baches que dificultan mucho que circulen los coches. Aquí y allá la cubren parches de hormigón, pero sigue y sigue hasta dividir en dos ese prado donde, a veces, aparecen tres caballos de capa zaina tan brillante que recuerdan a los *marrons glacés*. Ahí, en primavera, bordean la carretera dientes de león y margaritas que se inclinan hasta rozar el asfalto; y pasado el prado, gira bruscamente a la derecha, se vuelve más estrecha y no tarda en ir siguiendo una vía férrea y llevarnos mucho más lejos de lo que cabría esperar.

Así, en ese rectángulo alargado de luz, esta mujer podría ser exactamente lo que parece: una madre de familia que está fregando los cacharros del día anterior. Una mujer, descalza, a la que el sol calienta suavemente a través de la tela del camisón y que no piensa de verdad en nada en ese instante, medio hipnotizada por el roce del estropajo, pues es de esas personas que no abre el grifo hasta

que ha enjabonado todos los platos, todos los vasos y todos los cubiertos. Así, vista de espaldas, es posible imaginar cualquier cosa, incluso la vida más apacible y dulce contada con esa voz relajante de la radio, el domingo por la mañana.

Pero la realidad es otra. Cobra la forma de una jaqueca que la importuna desde el amanecer, desde que se ha enterado de lo que ha hecho Lobo, y cuando frota y frota los platos hasta que rompe uno, en realidad lo que le gustaría restregar es su cabeza por dentro. Querría limpiarlo todo para tener sitio y la capacidad de imaginar lo que ha hecho Lobo, ese chico que no es como los demás, hay que admitirlo, pero ¿qué es exactamente lo que tiene o qué es precisamente lo que le falta?, no sabría decirlo. Lo que sí sabe es que ha cogido el coche durante la noche y ha conducido siete horas, él, que no tiene carné, no puede subirse solo al autobús, sufre ataques de ansiedad y puede pasarse días sin hablar. Él, que tiene dedos mágicos y puede reparar cosas pequeñas estropeadas –un secador, un teléfono o un taladro–, pues su mirada funciona como una ecografía y localiza lo que está mal. Él, que puede correr alrededor de la casa durante dos horas sin parar, que tiene miedo del socavón del jardín y que ahora no quiere verla, a ella.

Esa jaqueca parece que la forman un millar de pensamientos que rebullen como en un hormiguero gigante, y al ver cómo ese plato se rompe en tres pedazos –una rotura limpia– se pregunta qué significado tiene. Le gustaría poder leer en esos objetos inanimados cuando de pronto te empiezan a enviar señales para avisarte de algo. ¿Quién hacía eso antes?, piensa de golpe. ¿Cómo se llamaba esa chica de las rastas color barro, la que vivía en aquel vagón viejo con los tres perros? ¿Fanny? ¿Émilie? Tiraba chapas de cerveza al suelo y se inclinaba sobre ellas como un chamán para leer «su mensaje».